

## LA PARENTELA

ROSA DE LA CRUZ

Para escribir una autobiografía, pienso que se debe hablar de nuestros orígenes, pero me voy a trepar por el árbol genealógico nada más hasta mis abuelos. Probablemente encuentre algunas ramas retorcidas y secas, otras con óptimos frutos y flores; en fin, de todo da la mata, y tengo que investigar para explicar ciertas conductas, ciertas particularidades en mi familia y en mí, pues, según dicen, “lo que se hereda no se hurta”, y tanto lo bueno como lo malo sale a flote, a veces modificado o acentuado: las taras, las inclinaciones, las enfermedades, el coeficiente intelectual, etcétera.

Mis abuelos paternos fueron mi abuelo Faustino y mi abuela Cruz, los cuales ya fallecieron. Sinceramente, de ellos no tengo ninguna referencia, excepto que procrearon cinco hijos, mis tías y tíos: Pepa, Pancho, Pedro, Cuca, y mi padre, que se llamaba Emiliano.

Mi tío Pancho era un vago sin oficio ni beneficio, borrachín empedernido que, a falta de medios para procurarse su vicio, acostumbraba asistir a todos los velorios del pueblo para tomar el cafecito con piquete que solían dar a los asistentes. Hasta el velorio más humilde podía contar con la presencia amable de mi tío, que regalaba generosamente copiosas lágrimas, sentidos pésames y una ruidosa sonada de nariz mientras se limpiaba con un pañuelo, mugroso a más no poder, y todo por una tacita de café con

licor. Cuando él murió, su velorio debió ser el más concurrido del pueblo (suponiendo que la gente fuera agradecida).

Mi tía Pepa era egoísta y mala hija. Recogió a su anciana madre cuando quedó viuda, pero sólo por el interés de la herencia, pues mientras ella vivía en la ciudad, a mi abuela la tenía en el rancho, ya que se avergonzaba de ella ante sus amistades.

A mi tía Cuca jamás la conocí, emigró a Estados Unidos, pero, según comentarios, no observaba una conducta muy correcta.

Mi tío Pedro era el más pintoresco de la familia y, de todos, fue con el que tuve más relación. Era delgado, anguloso, de ademanes bruscos y desmañados, con unos ojos siempre alertas que miraban con fijeza y suspicacia. Era un indigente con dignidad; yo jamás supe de sus medios de subsistencia, pero él nunca me pidió ni un cinco. Vivía en la más extrema miseria. Su casa, prácticamente, eran unas tapias; las paredes estaban chorreadas por la lluvia que se colaba por unos agujeros del tamaño de una vaca que había en el techo. Sus únicos enseres eran una estufilla de petróleo sucia y herrumbrosa, una cama desvencijada y un ropero viejo y apolillado en el que guardaba un cambio de ropa pringosa que casi se paraba sola de lo tiesa y lustrosa de mugre y sudor.

Su único lujo era una taza de baño de porcelana que estaba sobre unos ladrillos, a unos sesenta centímetros de altura del suelo, para que le sirviera de fosa séptica, pero se veía incongruente y fuera de lugar porque esta estaba colocada en el centro del patio, como un trono, sin ninguna pared que la cobijara de las miradas indiscretas.

Estando ya casada, llegó a visitarme unas tres veces al año, y no llegaba con las manos vacías. A veces llevaba granadas del arbusto que tenía en el patio. En sus años mozos había ido a Estados Unidos de bracero, por lo que hablaba inglés con cierta fluidez. Según decían, allá una “vieja pícara” le dio toloache y, como dice el dicho, desde entonces quedó así, un poco tocado.

En el pueblo le decían “Pedro, la treta”, porque padecía una leve paranoia. Oyéndolo hablar, los espías del Pentágono se quedaban pálidos, pues según él, en los cables de la luz había hilos ocultos por los que los comunistas se enteraban de todo lo que hablábamos. Por este motivo, era muy cuidadoso al expresarse. Decía que estaba a salvo de todo mal porque asistía todas las tardes al rosario, se confesaba y comulgaba todos los domingos, con lo que mantenía a raya al enemigo.

Centro de Derechos Humanos de las Mujeres, A.C.  
Chihuahua, Chih.